



Nuevos lazos familiares. Entre los amigos y las máquinas en algunas obras de la narrativa chilena reciente: Alejandro Zambra, María José Viera Gallo, Galo Ghigliotto y Alia Trabucco*

New family ties. Among friends and machines in some works of recent Chilean narrative: Alejandro Zambra, María José Viera Gallo, Galo Ghigliotto, and Alia Trabucco

Paulina Daza **

Macarena Silva Contreras ***

* Procedencia del artículo:
Artículo asociado al Proyecto de
Iniciación FONDECYT N.º 11140487
“Formas de leer a la familia en la
narrativa chilena reciente”.

** Doctora Literatura
Latinoamericana
Universidad Metropolitana de
Ciencias de la Educación
Santiago, Chile
paulina.daza@umce.cl

*** Doctora en Literatura
Universidad Católica Cardenal
Silva Henríquez
Santiago, Chile
msilvac@ucsh.cl

Recibido: 17 de mayo de 2024
Aprobado: 20 de agosto de 2024

Artículo de reflexión

¿Cómo citar este artículo en
MLA? - How to quote this article in
MLA?:

Resumen

Este artículo muestra cómo se representan nuevos modelos familiares, disponibles en el contexto global y sus múltiples cambios en cuatro obras de la narrativa chilena publicadas en la primera parte del dos mil, de María José Viera Gallo, Alia Trabucco, Alejandro Zambra y Galo Ghigliotto. Se distingue de qué manera los roles familiares son compartidos por sujetos comprometidos afectivamente, independiente del parentesco consanguíneo y se advierten formas en las que se fortalecen o crean vínculos familiares entre el sujeto contemporáneo y las máquinas. El análisis literario se desarrolla teniendo como referencia los estudios de Antony Giddens (1999) sobre los efectos de la globalización en nuestras vidas; las reflexiones de Aristóteles (2005) y Josepa Cucó (1995) sobre la amistad; una mirada internacional sobre la definición de familia actual (2015) y los postulados de Mabel Moraña (2012) en relación a los afectos y las marcas de pertenencia del sujeto respecto al mundo.

Palabras clave: afectos; amistad; familia; máquinas; narrativa chilena.

Abstract

This article shows how new family models, available in the global context and their multiple changes, are represented in four works of Chilean narrative published in the first part of the two thousand, by María José Viera Gallo, Alia Trabucco, Alejandro Zambra and Galo Gigliotho. It distinguishes how family roles are shared by emotionally committed individuals, regardless of consanguineous kinship, and how family ties are strengthened or created between the contemporary subject and machines. The literary



Daza, Paulina y Macarena Paz Silva Contreras. "Nuevos lazos familiares. Entre los amigos y las máquinas en algunas obras de la narrativa chilena reciente: Alejandro Zambra, María José Viera Gallo, Galo Ghigliotto y Alia Trabucco". *Poligramas*, 59 (2024): e.30414095. Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año). <https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i59.14095>

analysis is developed with reference to Antony Giddens' (1999) studies on the effects of globalization on our lives; the reflections of Aristotle and Josepa Cucó (1995) on friendship; an international look at the current definition of family (OAS, 2015) and the postulates of Mabel Moraña (2012) in relation to the affects and marks of belonging of the subject with respect to the world.

Keywords: affects; chilean narrative; family; friendship; machines.

La narrativa chilena reciente, principalmente la publicada desde el 2000 hasta hoy, muestra a través de las relaciones que establecen sus personajes nuevas representaciones de familia que se conectan con la variedad de modelos familiares existentes en el contexto global y sus múltiples cambios (Páez, 1984; Giddens, 1999; de Pina Vara, 2005; Engels, 2006; Pérez y Reinoza, 2011). Estas nuevas representaciones en la ficción literaria plantean la necesidad de repensar las formas en las que se constituyen las familias en el presente, pues en el plano literario, atendiendo a su reflexión sobre el plano social, se hace evidente que “muchos de los conceptos habituales ya no concuerdan con la realidad, suenan anticuados y puede que incluso un poco sospechosos, al ser incapaces de reproducir el sentimiento y la realidad vital de las nuevas generaciones” (Beck-Gernsheim 13). Así, en este trabajo, se propone que, en *Verano robado* (2006) de María José Viera-Gallo, *La resta* (2015) de Alia Trabucco, “Recuerdos de un computador personal” (2013) de Alejandro Zambra y “La vida incompleta” (2013) de Galo Ghigliotto, existen representaciones de un paradigma familiar diferente, fundado en las relaciones sociales de los personajes, desde donde se derivan vínculos de amistad en contacto con roles familiares y la interacción de los sujetos con las máquinas que los rodean. Para dar cuenta de estas nuevas formas familiares en la narrativa de ficción que aquí interesa se analizarán algunos momentos de las obras mencionadas, con el objetivo de demostrar cómo los afectos se activan re-creando necesidades emocionales y físicas sin la obligación de un vínculo consanguíneo. En estos relatos se muestra que los roles familiares son compartidos por sujetos comprometidos afectivamente, independiente del parentesco, así como se manifiesta la posibilidad de establecer contacto virtual a través de máquinas, al mismo tiempo que la simple cercanía de estas últimas resulta una compañía que genera nuevas modalidades de lazos creativos, afectivos y efectivos que fundan o mantienen roles familiares menos tradicionales.

Los roles son conceptualizaciones que tal como “las funciones, normas, comportamientos y derechos definidos social y culturalmente [...] se espera que una persona cumpla de acuerdo con un estatus social adquirido o atribuido” (Mayorga y Salazar 70). En el caso de las familias,

estos roles se distribuyen de manera transaccional, vale decir, siempre son asumidos en relación con los otros, existiendo. del tipo formal e informal, donde “[los] primeros, [son] aquellos que todas las culturas reconocen como típicamente familiares, como el de padre, madre, hijo, hermana, etc. Los segundos, son comportamientos que aluden al papel que una persona asume en su familia y que contribuyen al desarrollo y algunas veces a la sobrevivencia de la misma...” (70). En el caso de las obras analizadas, se verá que los protagonistas se comprometen afectivamente con los amigos y las máquinas, a los cuales asignan roles formales.

Las transformaciones en las formas familiares en nuestro tiempo pueden explicarse a partir de lo que señala Antony Giddens (1999), quien explica que

de todos los cambios que ocurren en el mundo, ninguno supera en importancia a los que tienen lugar en nuestra vida privada –en la sexualidad, las relaciones, el matrimonio y la familia–. Hay en marcha una revolución mundial sobre cómo nos concebimos a nosotros mismos y cómo formamos lazos y relaciones con los demás. (26)

A la luz de esta perspectiva, pensar en nuevos modelos familiares, como, por ejemplo, los que se ven representados en la literatura en estudio, requiere de una desconfiguración y una reconfiguración de lo que por años se consideró familia tradicional en occidente, es decir, “un grupo de personas entrelazadas en un sistema social, cuyos vínculos se basan en relaciones de parentesco fundados en lazos biológicos y sociales con funciones específicas para cada uno de sus miembros y con una función más o menos determinada en un sistema social” (Páez 23). Por otra parte, hoy “solo una minoría de gente vive ahora en lo que podríamos llamar la familia estándar de los años cincuenta –ambos padres viviendo juntos con sus hijos matrimoniales, la madre ama de casa de tiempo completo y el padre ganando el pan” (Giddens 26). Ya con esta certeza creemos, entonces, que la articulación de diversidades de familias no solo rompe con la tríada establecida como núcleo familiar representada por el padre, la madre y los hijos, sino que también funda otros vínculos que afectivamente conceden la libertad de modelar estructuras familiares inesperadas en sociedades conservadoras.

Para sistematizar el análisis de los textos propuestos, la investigación se presenta en tres apartados: “Afectos sociales”, que nos permite ofrecer un marco referencial para pensar las relaciones de amistosas y los vínculos afectivos que posibilitan nuevas formas familiares; “Amistad y elecciones familiares”, en el que se analizan los textos de Viera-Gallo y Trabucco, quienes delinear relaciones amistosas definidas por la fraternidad familiar y por los cambios de roles dentro de esta última; finalmente, “Nuevas familiaridades: los afectos tecnológicos”,

donde se estudia la presencia de máquinas y tecnología como antecedente de nuevas relaciones familiares en los textos de Zambra y Ghigliotto.

Ahora bien, hay que destacar que, a pesar de que algunas de las obras aquí trabajadas son parte de lo que la crítica especializada ha denominado como “literatura de los hijos” (Jeftanovich, 2011; Álvarez, 2013; Amaro, 2014, 2015; Bottinelli, 2016; Garay, 2016; Franken, 2017; Miranda, 2022; Olea, 2022), debido a que son estos quiénes toman la voz para reconstruir su pasado, el de sus progenitores y el de su contexto político-social, en este trabajo no nos centraremos en el ‘rol de hijos’ y en cómo observan a la familia en el proceso de reconstrucción de la memoria personal y colectiva, sino en cómo estos establecen nuevas formas de vínculos familiares con amigos y aparatos tecnológicos. Este artículo toma como referencia las diversas perspectivas con las que desde la reconstrucción de la memoria política y social se ha leído la diversidad familiar, pero propone una lectura vinculada a las necesidades afectivas que impulsan al ser humano a sentirse parte de una comunidad, en la que cumple roles familiares.

Afectos sociales

De llenos y vacíos que se entrelazan

Gepe

Uno de los vínculos sociales más importantes en el desarrollo humano es la amistad, ya que como planteó Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* (2005): “es cosa muy necesaria para la vida, pues sin amigos nadie desearía vivir, aunque poseyera todos los demás bienes” (234). El filósofo griego señala que “objeto de la amistad son lo bueno y lo placentero como fines” (236), resaltando que la “amistad virtuosa” es la que realmente cumple con la expectativa de una relación confiable y duradera en la que los amigos “deben sentir benevolencia y desearse el bien mutuamente” (237) al mismo tiempo que “cada uno le parezca objeto de afecto al otro y confíe en él” (240). La amistad surge de la elección y, según Aristóteles, se buscan “amigos agradables”, pero también “buenos”. Desde esta perspectiva, la unión amistosa determina buena parte de la convivencia humana y, en ella, uno de los vínculos más relevantes es el afectivo. Mabel Moraña en “El afecto en la caja de herramientas” (2012), por su parte, indica que “la producción y transmisión de afecto conecta las distintas instancias de la vida, los diversos sujetos, la relación entre sujeto y acción, entre cuerpo y no cuerpo, entre evento y sujeto” (318), lo cual nos lleva a pensar en la necesidad que tienen los individuos de compartir y de evitar el aislamiento.

En el contexto contemporáneo, y luego de definir los cambios generales que la sociedad y, en particular, la familia ha experimentado, creemos que, como plantea Josepa Cucó, en *La amistad: perspectiva antropológica* (1995): "...al cambiar la estructura social cambian también la forma y contenido de la amistad" (50). Esto no significa que la amistad aristotélica que hemos comentado sea quebrantada y se invalide, sino que, al contrario, en algunos casos, los vínculos amistosos avanzan hacia una lealtad, confianza y reciprocidad que rozan con el apego familiar.

En síntesis, si se considera a los tres autores citados, se puede proponer, para efectos de este trabajo, que los amigos son una familia posible que se escoge por afinidad lógica y afectos; y que al constituirse lazos surgen relaciones de protección mutua porque en ciertos momentos la familia parental está lejos, no mantiene vínculos estables o está del todo ausente.

Inevitablemente, necesitamos fundar ciertas relaciones que implican afecto y confianza, las primeras comienzan en la familia y, puesto que las instituciones fijan en el imaginario colectivo la idea triádica familiar (padre, madre, hijo), ese es el modelo al que con mayor frecuencia asociamos la proyección de familia. Recordemos que, para el Instituto Interamericano del Niño, la Niña y el Adolescente, organismo especializado de la OEA, familia es: "un conjunto de personas que conviven bajo el mismo techo, organizadas en roles fijos (padre, madre, hermanos, etc.) con vínculos consanguíneos o no, con un modo de existencia económico y social comunes, con sentimientos afectivos que los unen y aglutinan" (1).

La definición es, de algún modo, abierta, pero se ancla en la organización de "roles fijos", lo que dejaría de manifiesto que, independiente de la forma de la familia, se esperan socialmente ciertas acciones asociadas a papeles establecidos. Por ejemplo, los niños en sus procesos de conciencia de la realidad esperan el apoyo adulto instituido en los padres, incluso si estos están ausentes. Lo anterior implica que, a la edad de reflexionar con el fin de comprender el mundo, los padres representan un paradigma de experiencia que constituye un modelo a seguir, un modelo para criticar o, por el contrario, un motivo para construir un nuevo paradigma desde el total distanciamiento de su experiencia infantil familiar. Seguimos a Oyarzún (2005) cuando plantea que la familia ha sido vista como un aparato de docilización en la conformación de los sujetos y es

simultáneamente instancia de Represión y de lo Reprimido en la Modernidad capitalista y más aún en el neoliberalismo; aquí donde esta agencia privatiza la represión y socializa lo reprimido para volverlo más "civilizado" y "civilizable". De ahí que lo siniestro vaya cada vez más asociado a diferencia y diferenciación: desfamiliarizar o distanciarnos de esa

estructura mater implica hoy una revuelta, un retorno formal y no formal de los reprimidos.
(279)

A pesar de que nos distanciamos “de esa estructura mater” seguimos teniendo ciertas necesidades que nos inclinan a asumir roles reconocidos desde el plano familiar. Desde esta perspectiva, si retomamos el sentido fundamental que representa la amistad en las relaciones afectivas actuales, podremos ver que los amigos cumplen, en muchos casos, ciertos roles asignados a integrantes de una familia. No se trata de plantear que un amigo debe sustituir a un familiar que estuvo/está ausente o convertirse en un modelo paterno o filial perfecto, mejorando el real que parece “defectuoso”. Lo que se intenta demostrar en esta narrativa es que los lazos amistosos constituyen un vínculo familiar, pues aquella confianza, complicidad y deseo de bienestar del cual hablaba Aristóteles, aparece en los amigos por motivos de elección y aceptación recíproca y, sobre todo, instala un nexo afectivo que da a los sujetos instancias de participación en su contexto cotidiano.

Tal como Moraña afirmaba, “el afecto (capacidad de afectar y ser afectado) marca la pertenencia del sujeto con respecto al mundo de encuentros y desencuentros que habitamos y que a su vez, de diversas maneras, nos habita” (318). De este modo, en las construcciones apócrifas familiares que se proponen en dos de los textos literarios en estudio (cf. Viera Gallo y Trabucco), los amigos son en primer lugar, precisamente, amigos en equilibrio de reciprocidad, pero también son a veces madres, padres, hermanas, hermanos, hijos o hijas en diversas instancias. Aclaremos también que este tipo de constructo familiar no se repite como un modelo en la narrativa chilena reciente, pero su aparición confirma la necesidad de afectos y compañía de los personajes, en función de una familiaridad cotidiana que se desarrolla sobre todo a través del diálogo y las acciones realizadas con y por otro.

Desde la teoría, lo anterior puede explicarse porque el “individuo es requerido y activado afectivamente por el mundo y a partir de los afectos articula esos requerimientos y desarrolla formas de agencia (*agenciamientos*) anteriores y exteriores a la racionalidad estado, fuerzas a-teleológicas, fluctuantes y nomádicas” (327). De este modo, el afecto moviliza nuevas relaciones oportunas para la subsistencia cotidiana en el mundo contemporáneo.

Dentro de estas “nuevas relaciones” y en función de la necesidad de una compañía amistosa-familiar, también aparece la relación con las máquinas o, más bien, con ciertos aparatos electrónicos y tecnológicos contemporáneos que se pueden encontrar tanto en su uso como dispositivos comunicacionales –que amplían las posibilidades de permanecer en contacto con los padres, los hijos, los hermanos, la pareja, los amigos, etc., de modo que no hay

espacio para la soledad/orfandad y los vínculos se mantienen o fortalecen en momentos de lejanía–, como en la revelación de nuevas relaciones en que estos artefactos resultan una compañía artificial, pero familiar, que adquiere un lugar físico propio en el hogar y un lugar obligado en la vida de los seres humanos. En este sentido seguimos a Moraña cuando plantea que:

...fenómenos como el avance de la tecnología comunicacional y la proliferación de mundos virtuales, el nomadismo producido por exilios y migraciones que obligan al sujeto a elaborar estrategias de reinserción y pertenencia dentro del vasto espacio multicultural [...], ponen sobre el tapete el factor del afecto como un nivel ineludible para el estudio de las formas con frecuencia inorgánicas y discontinuas a partir de las cuales se manifiesta y expresa lo social. (314)

Amistad y elecciones familiares

*Buena onda amigo contigo aprendí
lo que es ser gentil con el mundo
y al mismo tiempo abrirse un espacio en él*
Gepe

En la novela *Verano Robado* de María José Viera Gallo, Livia, la protagonista, es una joven de diecisiete años que acaba de salir del colegio y no ingresará inmediatamente a la universidad, ya que no asistió, por decisión propia, a rendir la prueba de selección múltiple estandarizada (PSU) que le permite a un joven chileno el ingreso universitario; por esta razón y porque tuvo problemas en una fiesta al finalizar el año escolar ha sido castigada por su madre –quien nunca ha sabido llevar bien la maternidad– con pasar el verano sola mostrando la casa familiar que está en venta. La protagonista explica que su madre, Fanny, se fue de vacaciones y que para ella el no llevarla resulta ser el mejor castigo.

Los padres de la muchacha están divorciados, ella vive con su madre y, en ese momento en particular, su padre, ignorante de la situación, se ha ido al norte del país por lo que no puede recurrir a él en su soledad. La vida de Livia, en términos familiares, luego de ser modificada por la separación de sus padres, sufrió un segundo cambio cuando tenía trece años; esta vez su madre contrajo matrimonio con un hombre viudo, padre de un niño de once años llamado Daniel. Aunque el matrimonio fue un fracaso y se divorciaron, Livia y Dangil, como llaman al

adolescente, se hicieron amigos y decidieron, por su cuenta, que no necesitaban vínculo sanguíneo ni legal para ser por siempre hermanos:

...aunque no tengamos ni una gota de sangre en común, yo he sido testigo de sus primeros gallitos al hablar; él, de mis primeras andanzas con hombres tiburones y lombrices; a ninguno de los dos nos da vergüenza pasearse en ropa interior frente al otro, y sabemos que si en una casata de helado queda una sola cucharada, la vamos a compartir. (42)

Tras el divorcio, Dangil convenció a su padre de permanecer en casa de Livia. La protagonista explica esta situación y sus palabras nos recuerdan aquello que Giddens (1999) planteaba en relación a la forma en que se establecen nuevos lazos y relaciones con otros en el ámbito de la vida privada. De esta forma, en la novela, el niño debe entregar excusas para no encarar al mundo adulto y no reconocer abiertamente que sus afectos se depositan en esta nueva familia. Livia señala:

Después que nuestros respectivos padres se separaron, Dangil se quedó a vivir conmigo y mi mamá. El colegio le quedaba cerca. Tenía amigos en el barrio. Le gustaba la casa. El patio. Su pieza. La biblioteca. Una pantalla de excusas prácticas para no decirle a su papá algo que no quería escuchar: que en nosotros había encontrado una familia. (43)

El padre le permite al adolescente vivir con ellas, confía en su hijo, pero su estadía se condiciona al comportamiento de Fanny, pues como ya se ha dicho no es una madre tradicional; es fácil notar que parece más bien una adolescente en un cuerpo equivocado, además es adicta a los antidepressivos e irresponsable. La condición es entonces: “al primer desmadre de la Fanny, él se lo lleva de la casa” (42). Aunque en realidad no quiere llevárselo, porque es más fácil continuar su vida lejos de la mirada de su hijo.

En concordancia con el concepto de unión fraterna, luego del castigo de Livia, Dangil le miente a su padre, haciéndole creer que se irá de vacaciones con ella y Fanny, porque prefiere quedarse bajo 40 grados en Santiago acompañando a Livia que decir la verdad y tener que ir con él de vacaciones a una playa del norte. Al menos, esto es lo que la adolescente entiende de la situación, pues sabe que Daniel no desea pasar más de un día con su progenitor, debido a que la relación entre ellos está cargada de experiencias nefastas que no quiere volver a repetir. Sin embargo, otra motivación mueve al joven: no quiere dejar a Livia huérfana, en lugar de esto, espera cumplir su rol de hermano. De esta manera, además, ambos entran en un juego de roles en el que cada uno cumple una función paterna de protección que sienten vacía.

En este sentido, uno de los momentos en que este juego de cambio de roles se presenta, sucede un día en que Dangil llega de madrugada ebrio con su amigo Gato luego de beber aguardiente; Livia, entonces, pasa del rol amiga-hermana al rol amiga-madre, busca saber de dónde viene, qué bebió, cómo se siente e incluso intenta cocinar para él los últimos tallarines que quedan en la despensa. También los reprende en relación al alcohol e intenta recuperar su propia experiencia para articular consejos de la manera que se espera de un adulto, aunque ella también es una adolescente: “Tienen que aprender a tomar tragos más suaves, ron-cola, piscola, whis-cola. Si no, van a tener dos agujeros en la guata. (...) Tomar aguardiente es muy tóxico, sabes, te quema el intestino” (70). Dangil vomita, Livia lo lleva a su habitación, lo acuesta en su colchón, lo desviste, lo deja dormir y cierra las persianas pensando que no hay nada peor que despertar con la luz sobre los párpados con resaca. Luego, se recuesta a su lado y aparece en su *burtlitzer*, como ella llama a las canciones que se le vienen a la memoria, una canción de cuna que le cantaba su padre cuando era niña: “Duerme negrito” de Víctor Jara. Entonces le susurra a Dangil al oído “Hermanito, gracias por quedarte en Santiago conmigo” (73) y al momento piensa “todos los demás se fueron, menos él. Su aliento tibio y dulce me lo confirma. Dangil está acá” (73). En este momento del relato la relación amistosa, fraterna por elección, se restablece, ya no existe superioridad en el ejercicio de roles (madre por sobre el hijo), al contrario, se retoma el equilibrio que planteaba Aristóteles al caracterizar la amistad.

Por otra parte, en la novela *La resta* de Alia Trabucco, tres jóvenes intentan recuperar el cuerpo repatriado de la madre de una de ellos; su vínculo es, en principio, la conexión política que tuvieron los padres durante la dictadura chilena, pero hay entre dos de los jóvenes, Iquela y Felipe, una estrecha relación fraterna que se muestra desde dos posibilidades, la primera, que tiene que ver con la crianza infantil y, la segunda, con los juegos derivados de las ausencias adultas familiares.

Respecto de la primera, hay que mencionar que estos personajes crecen prácticamente como hermanos sin tener ningún parentesco y al comenzar su vida de adultos, según se relata, se mudan juntos a un departamento concretando sus promesas infantiles. Los padres de Felipe desaparecieron en los primeros años de dictadura y él quedó al cuidado de su abuela. La madre de Iquela, por su parte, le prometió al padre del niño que se haría cargo si a su abuela le pasaba algo, por lo que, al principio, las visitas de Felipe a la casa de Iquela, desde el sur donde vivía con su abuela Elsa, eran a veces largas y otras muy cortas, pero siempre esporádicas hasta que ella falleció.

Cuando Felipe se dio cuenta de que tendría que vivir en la casa de Iquela y su familia, sintió la angustia del encierro, por un lado, porque extrañaba Chinquigüe y el campo, por otro,

porque el padre de la niña, Rodolfo, llevaba mucho tiempo en una habitación, acostado, enfermo y él podía sentir su olor penetrando cada lugar de la casa. Su angustia fue tal que un día decidió escaparse y lo logró, caminó por Santiago y en su imaginación infantil iba sintiéndose dueño de la ciudad, hasta que recordó a su amiga, en esa casa, sin él:

Me dio un tiritón tremendo, un cosquilleo de idea equivocada, porque pensé en la Iquela pudriéndose con el olor del Rodolfo, la vi sentada sola sobre la alfombra chilota que le había regalado mi tatita Elsa, la Ique diciéndome que no me fuera al campo, a ella no le gustaba quedarse sola con sus papás, que me quedara, por fa, fue pensar en eso lo que me hizo cambiar de opinión y querer volver a buscarla, porque no tenía gracia ser dueño de Santiago mientras se pudría la Ique, porque íbamos a vivir juntos ella y yo, eso nos habíamos prometido ¿vivamos juntos para siempre? ¿seamos primos?, le sugerí y ella me contestó que no, yo voy a ser tu papá, dijo y se dibujó un bigote negro y revolucionario... (123)

El juego infantil con que cierra la cita nos abre paso a la segunda posibilidad, que nace a raíz de la complicidad amistosa infantil a partir de la que los niños juegan a construir sus propias familias con los roles que conocen, mediante disfraces, encerrados en una de las habitaciones de la casa. En esta instancia, la confianza y complicidad se extrema, pues Felipe se deja representar a sí mismo por su amiga para hacer real un vínculo familiar que desconoce:

Yo entraba a la pieza sin saludar ni preguntarle cuántos días se quedaría, entregada a lo que me ofreciera su visita, a sus tiempos mezquinos, y me sentaba frente a él para que anunciáramos al unísono el disfraz que usaría el otro. Yo le decía: tu papá, y él: tú eres Felipe, y se quitaba de un tirón toda la ropa, la polera, la camiseta, las zapatillas, los pantalones, los calzoncillos, y yo me desnudaba también y me vestía con su polera tibia, sus calcetines azumagados, olor a tierra y mugre bajo las uñas. Y él, desnudo, sus piernas escuálidas, sus brazos larguísimos, se abalanzaba sobre la cama, sacaba la sábana de un tirón y se la ponía encima, cubriéndose de cuerpo entero. El interpretaba a su papá y volaba por el cielo envuelto en luces. Y a mí me tocaba ser Felipe y lo interrogaba, esperando oír sus respuestas falsas, viajes a la luna o al fondo mismo de la tierra. (76)

En un momento de sus infancias, la habilidad de inventarse parentescos entre Felipe e Iquela era infatigable, puesto que tienen claro que no los une la sangre como vínculo familiar. Confiados en que una familia no se aleja y decididos a no separarse nunca, los niños piensan en ser parientes lejanos; Felipe propone:

iseamos choznos! (...) porque cada uno tiene cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos y treinta y dos Choznos! iseamos choznos!, y ella explicándome que para ser choznos debíamos tener hijos y que esos hijos tuvieran hijos y ellos también y los que siguen (también!, pero ella y yo no queríamos tener hijos, por ningún motivo, eso sí que no ¿cómo íbamos a tener hijos si nosotros éramos los hijos? (124)

En este sentido, cabe señalar que el único rol inapelable es el de hijo, pues ellos asumen el modelo tradicional familiar en el que deben ser protegidos por adultos y, aunque estos varíen respondiendo o no a la consanguinidad, el lugar que les cabe como niños ante la sociedad es el de hijos y frente a ello ni siquiera desean proyectos futuros en los que parezca cambiar esta realidad.

Por último, la familiaridad que se da en estas novelas muestra una confianza y afecto entre amigos que le permite a los personajes comprometerse con distintos roles que varían cuándo y cómo sea necesario para crear nuevos vínculos de aprendizaje afectivo para el ingreso y pertenencia a otros ámbitos de la sociedad.

Nuevas familiaridades: los afectos tecnológicos

Un audífono tú, un audífono yo
Javiera Mena

En cuanto a la aproximación afectiva hacia los elementos tecnológicos, un ejemplo importante es el cuento “Recuerdos de un computador personal” de Alejandro Zambra, donde un hombre joven solitario, Max, se compra un computador que al principio resulta una agradable compañía, luego una especie de hijo y, por último, el medio por el que se destruye su relación de pareja más duradera. Se trata de un relato en el que, producto de la participación de la máquina como parte integral de la vida, los personajes le proporcionan cuidados como si fuese un ser humano¹.

Como si se fuera a contar la historia de un hijo, la narración comienza con la adquisición /nacimiento del computador: “Fue comprado el 15 de marzo del año 2000, en cuatrocientos

¹ Cabe recordar que Espinoza (2015), siguiendo a Turkle, plantea que “[c]ada vez más se busca que el objeto parezca un ser capaz de entablar una relación directa con el otro, porque existe además la posibilidad de diseñar la relación tal y como la queremos (Turkle, 2011), algo que obviamente es difícil entre seres humanos” (92).

ochenta mil pesos, pagados en 36 cuotas mensuales” (Zambra 51). La asignación de características y atenciones hacia el aparato se da en detalles como “el teclado le pareció impecable, el monitor perfecto y hasta pensó que el mouse y los parlantes eran, de algún modo, agradables” (51), o, “[a Max] no le interesaba internet, desconfiaba de internet (...), él se negaba a conectar el computador y también a insertar esos diskettes tan peligrosos, eventuales portadores de virus que, según decían, podían arruinarlo todo” (53). De este modo, se le otorgan características afables y también se le evitan enfermedades a la máquina, como si fuera un niño. Por otra parte, en momentos de soledad, Max convierte el computador en una estufa, pero también en una compañía tibia que parece dialogar con el murmullo que lo rodea: “A veces, a falta de estufa, Max evadía el frío acariciando, de rodillas, la CPU, cuyo leve rugido se juntaba con la ronquera del refrigerador, y con las voces y bocinas que llegaban desde afuera” (53). En este sentido se evidencia lo señalado por Mabel Moraña en relación a los afectos: “La afectividad marca la relación entre sujetos tanto como el pasaje de fuerzas o intensidades que se transmiten de cuerpo a cuerpo (humanos o no humanos)” (318).

Cuando Max entabla una relación duradera con una mujer, se relata que ella: “Limpiaba el computador con líquido para vidrios y paños de cocina. El comportamiento de la máquina era, a todo esto, ejemplar: durante todo ese tiempo Windows siempre se inició correctamente” (Zambra 54). De manera que el computador se presenta como una especie de hijo de ambos que, incluso, al mudarse juntos tiene su propio espacio: “El 30 de diciembre de 2001, a casi dos años de su adquisición, el computador fue trasladado a un departamento un poco más grande en la comuna de Ñuñoa. El entorno era ahora bastante más favorable: le asignaron un cuarto propio, y armaron, con una puerta vieja y dos caballetes un escritorio” (54).

Así, toda la relación de la pareja está intervenida por la presencia del aparato, peleas por su uso o extensas conversaciones por mail cuando esta tiene horarios de trabajo diferentes. En este sentido, cabe recordar lo planteado por Moya y Vásquez (2010) sobre la injerencia de la tecnología en todos los ámbitos de la vida actual: “como medios de comunicación, las tecnologías son mediadores socioculturales. No sólo permiten la circulación, producción y consumo de información en forma masiva, sino que intervienen en casi todos los ámbitos de la vida cotidiana” (84). Para la pareja del relato, además, el computador se convierte en un agente externo que mantiene la memoria de su historia de amor a través de imágenes; pero ya no se trata del álbum tradicional en el que se pegaban las fotografías familiares, sin mayor información, sino que el uso del computador daba lugar a que el registro visual se organizara y detallara con nombres particulares escogidos para cada recuerdo. De este modo, se intentaba dar forma completa a la evocación en espera de fotografías futuras que completen el archivo:

Claudia pasó días ordenando esas imágenes –renombraba los archivos con frases tal vez demasiado largas, que solían terminar en signos de exclamación o puntos suspensivos, y en seguida las distribuía en varias carpetas, como si correspondieran a viajes distintos, pero luego volvía a ponerlas todas juntas, pensando en que dentro de algunos años habría muchas otras carpetas, cincuenta, cien carpetas para las fotos de cien viajes y fotografías. (55)

Por último, el computador es la mejor excusa para establecer un vínculo entre Max y su hijo de ocho años a quien ha visto solo un par de veces porque vive en Temuco y cuyo mejor recuerdo de esas vacaciones con Max y Claudia se funda en algunas tardes de juegos frente al computador: “quizás esas dos o tres tardes enteras que Sebastián pasó enseñándoles a Claudia y a su padre los trucos y la lógica de ese juego para él tan básico, tan aburrido, fueron los momentos más gloriosos y plenos de esas vacaciones (60).

El aparato no solo se hace parte de la vida de Max, también la modifica, da lugar a encuentros, peleas y reconciliaciones, mantiene un vínculo afectivo particular con el protagonista, pues precisamente afecta desde el principio con su llegada su entorno: “ya no veía las noticias, ya no perdía el tiempo tocando la guitarra o dibujando” (52). De manera que la máquina en sí misma se muestra como una nueva forma de compañía que además se integra a los vínculos afectivos naturales y humanos con la pareja y con el hijo para el que Max, a su pesar, no ha sabido ser padre. El computador lo ayuda a sobrellevar ese rol del que el protagonista parecía haber huido.

Por otra parte, en el cuento “La vida incompleta” de Galo Ghigliotto, la novia extranjera de un hombre –que ha estado indeciso sobre comprometerse con ella– vuelve a su país para una operación, con lo cual él empieza a ver todo distinto o incompleto debido a su ausencia. En el relato, los elementos electrónicos y tecnológicos mantienen al protagonista conectado a través del diálogo tanto con su novia como con su mejor amiga. El aislamiento del sujeto contemporáneo se muestra en este relato, pues sus relaciones sociales están intermediadas por los nuevos formatos comunicacionales; por una parte, permiten el discurso compartido desde la lejanía, al mismo tiempo que lo alienan distanciándolo del contacto personal frente a frente. Como plantea Espinoza (2015): “las relaciones afectivas están constituidas por dispositivos que van desde el artefacto que permite a una pareja continuar su interacción sin importar espacio o tiempo, hasta las aplicaciones que le facilitan a sus usuarios identificar personas en su entorno con quienes podrían entablar una relación” (87). En este sentido, el protagonista agradece los avances comunicacionales de su tiempo porque puede hablar con su novia. No obstante, al

mismo tiempo descubre la alienación que significa mantenerse a la espera de su llamado día a día.

En su soledad, el personaje chatea desde su cuenta de correo con su mejor amiga, ella le escribe largamente y él imagina como si cada una de sus palabras fueran susurradas en su oído; en ese momento se señala: “Descubres que hace días no mantienes una conversación con la voz y los oídos, y te sientes igual como si leyeras cartas acumuladas por años que alguien dejó mientras andabas perdido en la selva” (Ghigliotto 71). El uso de la segunda persona evidenciada en la cita escenifica cómo el protagonista, a falta de contacto real humano, se dirige en toda la narración a sí mismo como si fuera un otro, hecho que reafirma su necesidad de diálogo.

Este último relato pone en juego dos visiones/versiones de la relación que hoy el ser humano mantiene con las máquinas, particularmente con la comunicación virtual. Por una parte, las relaciones se estrechan porque hay un modo de encontrarse con otro al otro lado de la línea, al otro lado de la pantalla, un modo de hacer perdurable a través del diálogo continuo una relación, un modo de mantener una cercanía afectiva necesaria a través de las palabras para sentirse “completo”; pero, por otro, nos muestra el estado del hombre actual, apartado de las relaciones sociales típicas, dialógicas frente a frente. En este sentido, cabe recordar lo expuesto por Félix Guattari en *Caosmosis* (1996):

Lo importante no es la mera confrontación con una nueva materia de expresión, sino la constitución de complejos de subjetivación: individuo-grupo-máquina-intercambios múltiples. En efecto, estos complejos ofrecen a la persona posibilidades diversificadas de rehacerse una corporeidad existencial, salir de sus atolladeros repetitivos y en cierto modo resingularizarse. (18)

La posibilidad de resingularización del personaje descansa en el proceso que sufre su subjetivación frente a la distancia de la novia y la cercanía del aparato tecnológico. Esta ausencia/presencia lo hace caer en cuenta de que él mismo ha sido afectado por la nueva forma de comunicarse, ya que en sus reflexiones pareciera tener dos vidas (ser dos personas diferentes). Una asociada a la vida cotidiana previa a la ausencia de su novia, en la que todo es presencial y tangible, y otra, en la que él se convierte en un constante espectador de una pantalla que lo une a otros, al mismo tiempo que lo obliga a observarse a sí mismo frente a ella.

Cierre

Las relaciones que se han estudiado, en una primera instancia, tienen que ver con lazos establecidos con conciencia de elección en los que, por momentos, ya sea en una pareja de amigos o en un grupo, los roles fluctúan estableciendo intensas complicidades; no se trata de buscar/encontrar una pareja y pensar en posibles hijos en el futuro, sino de constituir familias en términos comunitarios en las que se concreten relaciones afectivas bidireccionales, de manera que el sujeto no esté solo en sus procesos y vivencias personales.

Los textos de Viera Gallo y Trabucco nos muestran construcciones familiares basadas en lo que se entiende por amistad. Como lectores contemporáneos somos conscientes de las transformaciones experimentadas por las estructuras sociales que han posibilitado pensar los afectos propios de la amistad y su intensificación como si estos estuviesen asociados a las características que esperamos de una familia ideal, en términos afectivos.

Por otra parte, el ingreso de aparatos electrónicos y nuevas tecnologías hace transitar a los personajes de Zambra y Ghigliotto por una cuerda floja entre el bienestar que los aleja de profundas orfandades y la alienación que los lleva a interactuar con las máquinas en lugar de establecer vínculos con seres humanos.

El afecto que surge entre aparatos tecnológicos y humanos o la necesidad de considerarlos para mantener el contacto con otros se manifiesta como un asunto práctico que recupera aspectos de la vida familiar, con ello el resguardo, apego y voluntad de ser parte de un conjunto, de ser necesario para otros y, al mismo tiempo, saberse indispensable para ellos como motivación para una existencia afable en el mundo.

Resulta interesante ver cómo la literatura escenifica estas nuevas formas de estructuras familiares no tradicionales ya en la primera década del 2000, previo a las discusiones que se produjeron como efecto de la pandemia COVID-19, donde el centro de las reflexiones estuvo puesto en las diferentes modalidades virtuales que les permitieron a los sujetos sortear la imposibilidad de mantener relaciones físicas. Por su parte, en los textos seleccionados la discusión no se zanja en la utilidad de los dispositivos como medios de comunicación, sino en las respuestas afectivas que los personajes construyen en sus relaciones con las máquinas, las cuales aparecen como parte de la familia o como medio para establecer vínculos por elección mediados por el deseo de mantener la continuidad en el contacto.

Por último, se confirma que los cuatro textos estudiados, publicados en la primera parte del dos mil, desestabilizan las nociones tradicionales de familia y resignifican otras relaciones que se podrían ampliar en la medida en que los afectos asociados a ella se depositen en nuevos actores.

Referencias bibliográficas

- Álvarez, Ignacio. *Vuelven los padres: niños, historia y autoridad en la narrativa chilena reciente*. Ponencia leída en las Jornadas: en el país de nunca jamás. Narrativas de infancia en el Cono Sur. Pontificia Universidad Católica de Chile, 2013.
- Amaro, Lorena. “Formas de salir de casa, o cómo escapar del Ogro: relatos de filiación en la literatura chilena reciente”. *Revista Literatura y Lingüística*, no. 29, 2014, pp. 109-129.
- Amaro, Lorena. “Lecturas huachas: Biblioteca de infancia en la narrativa chilena actual”. *Revista de Humanidades*, no. 31, enero junio 2015, pp. 77-102.
- Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- Beck-Gernsheim, Elizabeth. *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona: Paidós, 2003.
- Bottinelli W., Alejandra. “Narrar (en) la ‘Post’: la escritura de Álvaro Bisama, Alejandra Costamagna, Alejandro Zambra”. *Revista Chilena de Literatura*, no. 92, 2016, pp 7-31.
- Cucó Giner, Josepa. *La amistad. Perspectiva antropológica*. Barcelona: Ed. Icaria-Institut Català d' Antropologia, 1995.
- De Pina Vara, Rafael. *Diccionario de Derecho*. Actualizado por Juan Pablo de Pina García, México: Editorial Porrúa, 2005.
- Engels, Federico. *El origen de la familia, propiedad privada y el Estado*. Madrid: Fundación Federico Engels, 2006.
- Espinoza, Johan. “Reconfigurando el amor: mediación tecnológica y relaciones afectivas”. *Questión. Revista especializada en Periodismo y Comunicación*, no. 45, 2015, pp. 86-96.
- Franken, María Angélica. “Memoria e imaginarios de formación de los hijos en la narrativa chilena reciente”. *Revista Chilena de Literatura*, no. 96, 2017, pp. 187-208.

- Garay, Felipe. *Los hijos narrando a sus familias en narrativas chilenas, argentinas y un documental de postdictadura*. Informe para optar al grado de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica con mención en Literatura. Universidad de Chile, 2016.
- Giddens, Antony. *Un mundo desbocado, los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus, 1999.
- Ghigliotto, Galo. "La vida incompleta". *A cada rato el fin del mundo*. Santiago de Chile: Emergencia Narrativa, 2013.
- Guattari, Felix. *Caosmosis*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 1996.
- Instituto Interamericano del Niño, la Niña y el Adolescente. *Concepto de familia*. Organización de Estados Americanos, 2012, [www.iin.oea.org/Cursos a distancia/Lectura%2012 UT 1.PDF](http://www.iin.oea.org/Cursos_a_distancia/Lectura%2012_UT_1.PDF)
- Jeftanovic, Andrea. *Hablan los hijos. Discursos y estéticas de la perspectiva infantil en la literatura contemporánea*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2011.
- Mayorga Muñoz, Cecilia y Diana Salazar Salazar. *Tipologías familiares y ciclos vitales. Una propuesta conceptual y operativa para la intervención social*. Temuco: Universidad de La Frontera, 2019.
- Miranda, Macarena. "Relatos oblicuos de la dictadura chilena: ¿post-memoria en las formas de volver?". *Escrituras al límite: Canon, forma y sujeto en la literatura contemporánea*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2022, 103-114.
- Moraña, Mabel. "Poscriptum. El afecto en la caja de herramientas". *El lenguaje de las emociones*. Editado por Mabel Moraña e Ignacio Sánchez. Madrid: Iberoamericana, 2012, 313-338.
- Moya, Marian y Vásquez, Jimena. "De la Cultura a la Cibercultura: la mediatización tecnológica en la construcción de conocimiento y en las nuevas formas de sociabilidad". *Cuadernos de Antropología Social*, no. 31, 2010, pp. 75-99.
- Olea, Catalina. "Una ráfaga de hijos únicos: *Una vez argentina* (2003) de Andrés Neuman, *Formas de volver a casa* (2011) de Alejandro Zambra y *El sistema del tacto* (2018) de Alejandra Costamagna". *Anales de Literatura Chilena*, no. 37, 2022, pp. 69-84.

- Oyarzún, Kemy. “Ideologema de la familia: género, vida privada, y trabajo en Chile, 2000-2003”. *Familia y vida privada: ¿transformaciones, tensiones, resistencias o nuevos sentidos?* Editado por Ximena Valdés y Teresa Valdés. Santiago de Chile: CEDEM, 2005, 277-310.
- Páez, Guillermo. *Sociología de la familia: elementos de análisis en Colombia y América Latina*. Colombia: Universidad Santo Tomás-Centro de Enseñanza Desescolarizada, 1984.
- Pérez, Alirio y Marianela Reinoza. “El educador y la familia disfuncional”. *Educere: Revista Venezolana de Educación*, no. 52, 2011, pp. 629-634.
- Trabucco, Alia. *La resta*. Santiago de Chile: Tajamar Editores, 2015.
- Viera Gallo, María José. *Verano Robado*. Santiago de Chile: Editorial Alfaguara, 2006.
- Zambra, Alejandro. “Recuerdos de un computador personal”. *Mis documentos*. Santiago de Chile: Anagrama, 2013.